

paria de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se apercibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.



CAPITULO XCIX.

El último rayo de luz.



FORTUNADAMENTE halló alguna mejoría, y le reanimó algun tanto la noticia de la próxima llegada de doña Juana y don Felipe, creyendo que la hija heredaria de su madre las bondades que ésta habia tenido para él.

La córte fué á recibir á los esposos y no pudiendo Colon ir á ofrecerles sus respetos, envió á su hermano.

Por un momento volvieron á renacer sus esperanzas, y creyó que aún podria surcar en vida las aguas del Océano.

Era su última ilusion.

Un nuevo ataque le puso á las puertas de la muerte, solo le dió tiempo para formular su testamento, que es la mejor efigie de su alma. (X)

A medida que sentia acercarse su última hora, pugnaba por tener á su lado á las prendas más queridas de su alma.

Su hermano Diego, que vivia retirado, llegó á Valladolid.

Bartolomé, Fiesco, Diego Mendez y Sagredo, sus más leales servidores, se unieron á sus hijos en aquel duro trance.

Bartolomé no le abandonaba.

Diego y Fernando apénas se separaban del lecho.

Pero ni Isabel, ni Villejo, ni su madre, estaban á su lado.

La nacion, á que tantos servicios habia prestado; los reyes, por quienes tantos sacrificios habia hecho, parecian haberle olvidado por completo.

La pobreza y el dolor: he aquí los únicos compañeros de su última hora.

Fernando no tuvo otro remedio que confiar á su moribundo padre las causas de la ausencia de aquellos seres, por quienes preguntaba á cada instante.

Este último golpe exacerbó sus padecimientos.

—¡Dios mio! dijo. He apurado hasta las heces el cáliz de la amargura. Muero olvidado de la nacion, á la que he dado un mundo; muero pobre, sin legar á mis hijos más que la esperanza de la justicia; muero sin ver aquellas regiones en donde sembré el bien, y en donde, sin embargo, la zizana del mal destruye el fruto de mis afanes; muero dejando á mi hijo amado con el corazon herido de muerte; muero sin estrechar en mis brazos á la que ha sido hermana de mis hijos, á la que ha reemplazado á sus benditas madres.

Todo era luto y desolacion en torno suyo.

Llegó el 20 de Mayo, y empezó la agolía del enfermo.

En las primeras horas de la mañana llegó á la humilde morada del gran hombre don Fernando de Toledo.

A sus ruegos le dejaron un momento á solas con el enfermo.

Profundamente conmovido, le hizo una revelacion que derramó un dulcísimo bálsamo en el dolorido corazon del enfermo.

—Yo ignoraba, le dijo, que siendo uno de vuestros más apasionados admiradores, era á la vez agravador de vuestros males.

—¡Vos, señor don Fernando! balbuceó el enfermo.

—Yo sí..... mi hija me ha hablado.

—Y os dignais venir á verme despues de saber la desgraciada pasion que ha inspirado á mi hijo.

—Mi único deseo es la felicidad de mi adorada María...

Ella, con lágrimas en los ojos, me ha confiado el puro y entrañable amor que siente hácia Diego y temerosa de oír de mis labios una negativa, no me ha confiado sus sentimientos para implorar mi proteccion, sino para rogarme que ya que no proteja su esperanza, renuncie á dar su mano á otro hombre y la permita entrar en un convento.

—¿Eso ha dicho?

—Eso está resuelta á hacer.

La emocion del enfermo hizo asomar á sus ojos lágrimas á un tiempo de alegría y de pesar.

--Al oír la revelacion de mi hija, prosiguió don Fernando, no pude ménos de pensar en vuestra inmensa gloria y en la injusticia de que sois objeto.

—Luego sabeis.....

—Sé que el rey, preocupado por las complicaciones de la Europa, atento á los intereses de su monarquía, por más que empiece á comprender los maravillosos descubrimientos y conquistas que habeis efectuado, se ocupa más de sus ambiciones que de sus deberes para con vos. Sé que teneis poderosos enemigos, que impulsados por la envidia, no tienen más afan que veros condenado al abandono, al olvido.

—Sin vuestro auxilio me hubieran dejado perecer en la costa de la Jamàica.

--La Providencia me inspiró; y creedlo, no cambiaria por nada del mundo el insignificante favor que pude haceros.

—Dios os bendiga.

—Pero aquello no fué nada, quiero hacer más. No sé si la Providencia habrá dispuesto que abandoneis en breve la deleznable vida, para otorgaros en el cielo el premio que merecen vuestras virtudes. Si tal es su suprema voluntad, creedme, lágrimas de profunda gratitud, de verdadero dolor, serán el tributo de la posteridad. Pero que vuestra alma recobre

la serenidad que siempre he demostrado. Vuestros hijos recibirán toda la herencia que les dejais. Diego merece todo mi aprecio.

—¿Qué decís?

—Digo que yo os juro solemnemente ser un padre para él, unirle con María, poner á su disposicion mis riquezas, mi influencia, todo cuanto poseo, á fin de que consiga el justo galardón.

—¡Ah! Esa bondad me consuela de la ingratitud de los hombres. . . . decidme que no sueño, que vuestras palabras no son una ilusion, que no me habla la fiebre que arde en mis venas.

Don Fernando de Toledo aseguró á Colon que cumpliria fielmente la palabra que habia empeñado.

—No es solo por él y por vos, añadió; es por mi hija, cuya felicidad es la vuestra, por lo que estoy dispuesto á consagrar mi vida al triunfo de vuestra causa.

—¿Y María sabe ya?

—No: ántes he querido confiaros mis proyectos.

—Sufrirá mucho!

—En breve oirá de mis lábios la promesa de su ventura.

—Que lo sepa tambien mi hijo.

—Sí. llamadle.

—Antes recibid mi bendicion.

—Y vos mi juramento.

.....
Poco despues mandó llamar á Diego.

Este, que no habia abandonado la antecámara, entró en seguida en el aposento de su padre.

Su rostro estaba sereno.

CAPITULO C.

Los últimos momentos de un gran hombre



—Hermano mio, dijo Colon á Diego, estrechando su mano con efusion. La Providencia se ha apiadado de mí.

La voz me falta. . . . Hablad vos, añadió dirigiéndose á don Fernando.

—He venido, dijo éste, á suplicar de hinojos á vuestro padre que me permita llamaros hijo.

Esta revelacion sorprendió á Diego.

—¡Padre! exclamó cayendo de rodillas.

—Sí. . . . yo lo quiero. . . . yo lo deseo, balbuceó al enfermo.

—Y yo os juro, añadió don Fernando, que todas mis riquezas, que toda mi influencia, que mi vida entera, si es preciso, la sacrificaré para obtener que el rey, que la posteridad, hagan justicia al padre, y veneren en el hijo su grandeza.

—Mi vida se acaba, añadió Colon; quiero ver á María, bendecirla.

Don Fernando salió á buscar á la hermosa niña, que habiendo confiado á su padre sus afecciones, habia sido el ángel de la guarda de Colon, habia despertado en su alma los nobles sentimientos que le hemos visto manifestar.

La agonía avanzaba.

La fatidica sombra de la muerte se proyectaba sobre el rostro de aquel hombre inmortal.

Era cristiano, y pidió los consuelos de la religion.

—Hermano mio, le dijo Diego, acaba de llegar de Tierra

Santa un fraile de los que han custodiado el Santo Sepulcro, y desea verte.

—Llega á tiempo; cualquiera que sea escuchará mi confesion.

Un anciano con el hábito de los monjes del Santo Sepulcro penetró en la estancia.

—Aún llego á tiempo, dijo sollozando.

Su voz resonó en el alma del enfermo.

El fraile se acercó.

—¿Vos? . . . ¿Vos aquí? . . . exclamó, haciendo un supremo esfuerzo el almirante.

—Sí; yo, que os debo la inmensa dicha de poder bendeciros en nombre de Dios en este instante supremo.

Aquel anciano era Martin Carrasco, que, como recordarán nuestros lectores, despues de perder á Rebeca, abandonó las armas y el mundo para consagrarse á la religion.

Los dos quedaron solos, y el sacerdote oyó la confesion del moribundo. . . .

Si los actos todos de la vida del almirante no hubieran demostrado cuán arraigada estaba en su alma la fe cristiana, sus últimas palabras, su confesion ante el ministro de Dios, hubieran bastado para probar su sentimiento religioso.

Aquel hombre tan combatido por la desgracia, solo sentia piedad para sus enemigos y gratitud para sus bienhechores.

Recordando su mísera niñez, el horrible naufragio que le arrojó á las costas de Portugal, su union con doña Felipa, de la que tuvo á su hijo Diego, su enfermedad, su pobreza, su llegada á la Rábida mendigando un asilo, la proteccion del venerable prior fray Juan Perez de Marchena, sus amigos de Palos, su llegada á Córdoba, la proteccion de la reina, debida á doña Beatriz, su amor con aquella ilustre dama,

santificada en secreto, sus esperanzas y sus dudas, sus martirios hasta lograr la proteccion de los reyes para darse á la vela, sus luchas á bordo, el descubimiento de tierra, la acogida que le dispensó Guacanajari, su regreso á la corte, la inmensa ovacion de que fué objeto, su pensamiento de difundir en los nuevos países la luz del Evangelio, y de emplear las riquezas que en ellos encontrase en arrebatarse los Santos Lugares del poder de los infieles; recordando, en fin, todas las vicisitudes de su azarosa vida, no halló en su alma ni un átomo de rencor para sus encarnizados enemigos.

Las desgracias de sus amigos le inspiraron lágrimas de piedad; perdon sublime las ofensas de los ingratos.

La confesion se prolongó bastante, y Colon hizo muchas preguntas á Martin Carrasco, para saber qué habia sido de él mientras habian estado separados.

La oracion y la piedad habian sido los únicos ejercicios del antiguo soldado, á quien el ejemplo del almirante habia impulsado á consagrarse por completo á la religion.

Al fin terminó el acto.

Colon recibió la bendicion, besó con ternura la mano del sacerdote.

Poco despues recibió la comunión, y en ese momento de tregua que el cumplimiento de los deberes cristianos ofrece á los moribundos, pudo fijar su última mirada en las personas que rodeaban su lecho, prosternadas de hinojos y vertiendo abundoso llanto.

—¡María! . . . ¡Israel! exclamó. ¡Dios os bendiga!

El pobre enfermo habia realizado sus esperanzas.

Isabel, Inés, María, Diego, Fernando, Villejo, sus dos hermanos, Diego Mendez, Sagredo, Fiesco y el pobre indio, que nunca le habia abandonado, todos estaban en torno suyo, todos habian acudido allí á recibir su último adios.

Algunos segundos despues oyeron con terror todós los circunstantes murmurar al gran hombre estas palabras:

— *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Estas fueron las últimas palabras que exhalaron aquellos labios.

Dios se las habia inspirado, haciéndoles recordar en el último instante de su vida las palabras del Salvador.

Tal fué el fin de aquel hombre, cuya gloria, á través del olvido, de la ingratitud, de las malas pasiones de los hombres, ha llenado el mundo.

No debia ser el último martir de la ingratitud humana.

Grandes fueron sus padecimientos, grandes sus amarguras; pero en los últimos momentos de su vida habia tenido á su lado un hombre que debia sucederle en su gloria; un hombre que debia encontrar, á sus nobles deseos, desengaños aun más terribles; que iba á luchar, no con indios sencillos, inocentes, desarmados por completo, sino con un imperio poderoso, civilizado, en el mayor grado de apogeo.

Este hombre es Hernan Cortés, cuya figura vamos á bosquejar para completar esa gran epopeya del descubrimiento y conquista de América, que empezó con Colon, y que aún no ha terminado.



EPILOGO.

Muerto el almirante don Cristóbal Colon, se depositó su cadáver en el convento de San Francisco de Valladolid.

El rey comprendió entónces la mancha que habia echado sobre su reinado, y dispuso que se celebraran sus exequias con gran pompa en la iglesia de Santa María de la Antigua.

Asimismo mandó que se erigiese un monumento á su memoria con esta inscripcion:

“Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon”

Treinta años despues fueron trasladadas sus cenizas á la Española, y enterrado en la principal capilla de la catedral de Santo Domingo.

Hoy descansa en la catedral de la Habana.

Como complemento, reproducimos, en las notas la descripcion de la traslacion de sus restos á este último sepulcro. (Y)

Para terminar esta historia, añadiremos que unido Diego Colon con la hija de don Fernando de Toledo, despues de sostener un pleito con el rey, obtujusticia, no solo le fué otorgada la herencia de su padre en riquezas y títulos, sino que reemplazó al infame Ovando en el gobierno de la Española, adonde partió en 1509 con su hermano Fernando y sus dos tios Diego y Bartolomé.

Aún hallaremos á estos personajes en la historia del descubrimiento y conquista de México.

Villejo, que habia sido arrancado del poder de los infames cómplices de Aguado por Hernan Cortés, se unió con Isabel, y los dos vivieron reflejando su felicidad en su pobre madre.